

Vió á la tina inocente, pura, llorando y esperando durante su ausencia.

Vió á la otra impura y sangrienta cortesana, haciéndole ciego instrumento de infames venganzas.

El eco de un recuerdo le hizo escuchar los sollozos de la una, blanca alma de blanca niña, sin mas crimen que el de haberle amado demasiado, mas de lo que merecia él tan ingrato que antes de dos años la habia entregado al olvido mas negro y mas profundo.

El eco de la música del salon, que hasta sus oídos llegaba, como una espantosa y sangrienta ironía, le hizo ver á la otra, revelándole misterios horribles y ensangrentando con sus palabras aquella fiesta en que la llamaban reina, en que era blanco de todas las miradas lúbricas, aquella muger que se habia adelantado en el camino de su vida para ocultar á sus ojos á Clemencia, el ídolo hermoso un día de su corazon.

Sintió un dolor punzante por su desengaño.

Sintió una ansiedad infinita por su remordimiento.

Pero de un desengaño brota otra esperanza.

Pero de un remordimiento, brota la flor de la virtud.

Y una esperanza es el porvenir.

Y la virtud es la felicidad.

CAPITULO XIX.

Arrepentimiento.

Fernando salió de aquel lugar como atontado y sin saber lo que por él pasaba.

Anduvo algun tiempo por las calles sin reconocer sitio, absorvido en sus pensamientos, mirando su desengaño, sufriendo con sus remordimientos.

Amanecía y el aspecto de la gente honrada que despues de dormir con un sueño tranquilo volvía alegre á sus tareas, hicieron una mas profunda impresion en su ánimo y comenzaron á sacarle de aquel estado horrible, en que hacia algunas horas se hallaba.

Se estremeció como si al haberse visto rodeado por el mundo material, desgraciado y criminal hubiese tomado una resolucion en cuya ejecucion, podria tal vez encontrarse la felicidad y la virtud.

Se dirigió lentamente á su habitacion en la calle del *Indio Triste*.

En la calle del *Amor de Dios*, se sentó en un guardacanton para limpiar el sudor que inundaba su frente.

Despues la campana de la iglesia de Santa Inés, que llamaba la primera misa, despertó en su alma un sentimiento de religion adormecido.

Hacia seis meses que por seguir á Doña Regina, habia olvidado todas sus costumbres de niño.

Penetró en la iglesia, con el corazon prensado y los ojos llorosos, buscó el rincon mas apartado y allí oyó la misa que diez ó doce pobres mugeres oían.

¿Qué pasó entonces en aquella alma entristecida por una sombría duda? ¿qué pasó en esa hora solemne, en que se halló á solas con Dios y su conciencia, con el recuerdo de pasados errores?

Nadie, ni las graves imágenes que decoraban el modesto altar podrian decirlo.

Solo que el que habia entrado allí con el corazon hecho pedazos, salia de allí consolado.

Habia tomado una resolucion.

Pero una de esas resoluciones inalterables que influyen sobre toda una vida ó á lo menos sobre todo un presente.

Se dirigió á su habitacion, subió silencioso la escalera y cerró la puerta con llave.

Se dejó caer en un sillón y lloró; primero con tibias lágrimas, despues con raudales del alma.

Permanecia un momento en silencio y volvía á comenzar sus rotos sollozos.

Eran aquellas ardientes lágrimas, el efecto fisico de una causa que estaba en el alma.

Eran una queja contra el mundo y una acusacion contra sí mismo, eran un remordimiento y una esperanza, eran un adios y un consuelo.

Si no hubiera llorado habria reventado de dolor su corazon.

Hay veces en que el vaso de la existencia está lleno de cenizas y no cabe ya una sola lágrima.

Pero hay veces en que está lleno de lágrimas y un fuerte sacudimiento moral, le vacía desbordándolas.

Así que se hubo librado completamente de aquel peso, que le estaba ahogando dolorosamente, se levantó, bañó con agua pura sus sienes y se dirigió á su bufete para escribir dos cartas; la una decia:

“SEÑORA:

“Me habeis engañado como á un miserable; pero yo os desprecio y bendigo este engaño que me separa para siempre de vos.

“Tarde os he conocido, pero nunca es tarde para volver á entrar en el camino del bien del cual me habiais desviado con vuestra fatal hermosura.

“Parto señora, abrevado el corazon por un horrible desengaño; pero en mi país natal está la luz de la virtud y la calma de la felicidad es la que alumbra.

“Adios, señora; que el cielo os quiera perdonar como yo os perdono, todo el mal que me habeis hecho y haya alguno que os ame tanto como yo amo el bien que con ese mal me habeis causado.

“FERNANDO.”

Y puso en el sobre:

“A Doña Regina de San Victor.”

“En la calle de las Capuchinas.”

Otra dirigida á su tío el buen brigadier Don Rafael, decia:

“MI AMADO TIO:

“He tomado una resolucion que nada hará variar.

“Renuncio á la carrera militar, comenzando por hacer dimision de mi capitania.

“Si no se me admite, abandonaré mi empleo como un desertor.

“Si vd. me ama, como no lo dudo y como hasta

aquí me lo ha manifestado con tanta ternura, vea como mejor lo arregla con el señor virey porque mañana partiré sin que nada me detenga.

“Adios tio mio, gracias por tanto cariño y por tanta bondad.

“Que el cielo dé á vd en felicidad cuanto yo le profeso en cariño.

“FERNANDO.”

La rotuló así:

“Al señor brigadier de las milicias de S. E. el señor virey, Don Rafael de Gomez.”

La tercera que el jóven escribió llorando decia:

“CLEMENCIA MIA:

“Podria engañarte; pero prefiero no hacerlo, porque á un ángel se le dice la verdad.

“Hace mas de un año que no te he escrito, porque, ingrato te habia alejado de mi corazon.

“Pero hoy vuelvo á tí mas amante que nunca, para ir á unirme contigo para siempre.

“En este momento, me parece que he tenido un sueño espantoso de un año; pero he despertado por fin y al despertar te encuentro, mas pura, mas santa, mas indigno yo de tu amor de ángel.

Desvanecida mi pasagera ilusion tan falsa; me encontré solo y desgraciado en la inmensa llanura de la vida; pero volví llorando mis ojos al sitio donde un dia abandoné mis creencias y la luz purísima de tu amor, llegó á mi entre las oscuras nieblas de la desgracia.

¿Me perdonarás?

Bien merezco tu perdon potqué he sufrido y soy desgraciado.

Supongo que el clima de Jalapa, donde el doctor te ha hecho ir á habitar para restablecer tu salud envenenada por una maligna enfermedad, te habrá sentado bien porque ha mas de seis meses que mi padre no me habla una palabra de tí.

Dentro de un momento, acaso antes que ésta llegue estaré á tu lado para no separarme mas.

FERNANDO.

El jóven abrió un cajon de su bufete, sacó de él algunos papeles, besó algunas flores marchitas, que desde su partida de San Roque no habia vuelto á ver: besó tambien aquel retrato sobre el que la vispera de partir, en el jardin habia jurado á Clemencia no olvidarla, prometiéndole tambien no apartarle jamás de su corazon; dos juramentos que habia violado al vender ese su corazon á una cortesana: Suspendióle á su pecho, abrió uno á uno los papeles.

Eran las cartas de Clemencia.

Eran ese conjunto de palabras que forman la historia mas patética y mas interesante de una mujer enamorada.

Primero dulces palabras, tan dulces como un arroyo que se desliza entre flores, despues suspiros y lágrimas como los quejidos que lanza ese arroyo al ensancharse en la llanura y despues amargura como la de ese mismo arroyo que corre perdido á abismarse en el mar, arrastrando en su curso las flores que se habian dejado mecer blandamente en sus aguas, en la llanura.

Primero flores, despues abrojos.

¿Quién podrá traducir al idioma terrestre todo el poema de sentimiento, que se realiza en un corazón al hacer tímidamente una confidencia, por medio de un papel?

Nosotros creemos que el amor está en los recuerdos, porque solo en los recuerdos se encuentra el sentimiento.

¿Y qué especie de amor dejará mas recuerdos?

¿El amor de las orgias? ¡el platonismo silencioso!

Nosotros creemos que el segundo amor que se siente en la vida.

Figuraos al traves de vuestros tristes recuerdos aquella época de vuestra juventud.

Vivía vuestra familia en el campo en uniforme amistad con la de la muger que adorabais, á quien llamabais vuestro ángel como se llama á todas las jóvenes, cuando se tienen veinte años.

Era una aldea á corta distancia de la ciudad: permaneciais en esta última durante el dia, en la prosa de vuestros negocios ó vuestro estudio; pero en la tarde atravesabais delirando sobre un volador caballo la distancia que de ella os separaba.

Cuando llegabais, ya se afanaban los vuestros en los preparativos de esas fiestas animadas, que forman durante la noche las familias de la ciudad en el campo.

¡Oh! y allí eran las confidencias, los juegos á la blanda luz de la luna, el abandono del amor, los proyectos, las promesas, todo ese mundo de los corazones juveniles.

¿Qué sentis de triste, de amargo, cuando unos años despues, volveis á pasar por aquel lugar, de teniendoo en cada sitio donde hallais todo un orbe de recuerdos; cuando aquella jóven se ha casado

se ha muerto ú os ha vendido, cuando habeis atravesado una época de azares y desdicha?

¿Qué sentis?

¡Oh! Dios no debia habernos dejado el espantoso castigo de los recuerdos.

Mas valdrian los grandes pesares que solo tuvieron un doloroso presente y no ese pasado, que ni está justificado por el llanto.

Porqué ¿qué responderéis cuando os pregunten la causa de vuestro llanto, y esta no esté, en una gran desgracia que cualquiera puede ver ó tocar materialmente?

Respondedle que llorabais por un recuerdo.

Idle á revelar todo el martirio que experimentais con la vista de un objeto, intentad esplicarle que debajo del polvo con que los años han ultrajado ese objeto, hay una imágen que otros dias fué vuestra gloria, pensad en hacerle leer en cada grano de ese polvo toda la historia de vuestra vida.

Hacedlo y ya vereis que irónica es la carcajada que cubre vuestras palabras, con qué desprecio se contempla la flor marchita mas que por el tiempo, por vuestras lágrimas.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡tu eres el unico confidente del pasado! ¡tu eres el refugio, el amparo de los que no son comprendidos en la tierra!

Fernando al recorrer aquellas cartas las vió al traves de las lágrimas que su arrepentimiento le arrancaba.

En una de las últimas se detuvo: databa de un año porque por un sentimiento de tierna delicadeza, Clemencia cesó de escribir desde que comprendió que era importuna y su recuerdo se habia borrado del corazón de Fernando.

Habia guardado silencio en vez de suplicar y humillarse, de proferir imprecaciones, ó de aparentar indiferencia como lo hacen en estos casos las mugeres.

Decia así:

FERNANDO.

Aunque en el largo espacio de un año, solo tres cartas tuyas he recibido, no he tenido grave cuidado porque he creído que tus ocupaciones no te permiten ya consagrarme tanto tiempo como antes.

Y luego ¿para qué escribir cuando en el fondo del corazón, se sigue amando con el mismo fuego y es uno el mismo de siempre?....

En este largo año de mi vida, he llorado mucho; pero he esperado mucho tambien y aun me siento con fuerzas para esperar otro año, que creo será lo que dure á lo mas tu ausencia.

He comenzado una obra de manos en la que debo ocuparme algun tiempo, y esperaré entretenida y alucinada para poder presentarte un objeto que será un primor y que tendra para tí el doble mérito de ser obra mia y de ser un testigo de mis suspiros de mis lágrimas y de mis esperanzas, durante nuestra amarga separacion.

Solo una cosa me inquieta seriamente.

He comenzado á estar mala de esa enfermedad que ya sabes padezco desde la infancia, y algunos dias he tenido que permanecer en la cama, por orden de mi padre que se aflige mas de lo que debe, tal vez, porque me ama tanto; pero yo no me siento tan mala, sin embargo por darle gusto le obedezco en todas sus precripciones.

El otro dia, al tomar mi pulso, no pudo evitar un movimiento de cabeza y me dijo que si contínuo así, iremos á pasar el invierno á Jalapa que tiene un clima mas benigno.

Yo te confieso que he estado á punto de llorar; ¿como abandonar esta casa y este jardin tan llenos de dulces recuerdos tuyos? ¿como abandonar este hermoso lugar, donde encuentro en todas partes las huellas de tus pasos?

Se me figura á veces, durante la noche, cuando me paseo por el jardin, que te estoy esperando como tantas veces te he esperado; cuando toco el piano es tanta mi ilusion de que me escuchas, que muchas veces me vuelvo para hablarte, y al encontrar tu lugar vacio, lanzo un grito, cierro el piano y me pongo á llorar. No he movido los objetos del sitio en que los dejaste para que cuando vuelvas no encuentres ninguna variacion y solo creas que despertámos de un largo y triste sueño; pero sin que nada en nuestra existencia haya cambiado: Guardo el mismo vestido que tenia puesto el dia que partiste, para no volvermelo á poner sino el dia que vuelvas.

Vaya, te contaré una niñada que me perdonarás ¿no es cierto?

He sembrado un rosal á quien he dado tu nombre y cuyas flores han de servir para mi corona de desposada.

De desposada ¡Dios mio! solo el pensamiento de tanta felicidad me hace llorar de alegría.

Casi la mayor parte de las horas del dia paso junto de él en el jardin, regando sus tiernas hojillas, protegiéndole con mi cuerpo de los rayos ardientes

del sol, de las ráfagas heladas de viento y de las gotas de lluvia.

Perdóname Fernando; pero se me figura que estoy á tu lado y le hablo de nuestros proyectos, de nuestras esperanzas, me alegro ó me entristezco con él, y lo crearás, parece que me comprende, porque cuando lloro se estremece y cuando sonrío levanta sus hojillas como si participase de mi expansión.

Pronto brotarán sus primeros capullos.

Si tuviese que ir á Jalapa, le llevaria conmigo, porque de otra manera se me figuraria que me alejaba de tí.

Mi padre, no me habla de tí, ni me dice nada de esto, solamente toma mi mano entre las suyas para tomar mi pulso con disimulo, y me mira y se sonríe con una risa tan melancólica y tan triste, que por mas que hace para ocultármela no puede disimular la pena que le aflige.

Otras veces, bajo el pretexto de que estoy constipada, aplica su oido sobre mi pecho ó sobre mi cuello y me hace permanecer en esta postura mucho tiempo.

Despues se encierra en su cuarto y permanece largas horas estudiando y preparando alguna amarga medicina que me hace tomar.

Yo me veo en el espejo y no encuentro en mi cara como indicio de la enfermedad, mas que una completa palidez; pero esto es muy natural, por lo mucho que lloro por tí y lo poco que me distraigo en otras cosas.

Ya volverán los colores á mi rostro cuando tú vuelvas.

Don Estevan viene como antes y aunque ningun-

no de los dos hablamos de tí; sin embargo con disimulo, me da de tus noticias.

De quien no se ha vuelto á saber mas, es del señor Gil Gomez, que abandonó la aldea al siguiente dia que tú, y que segun dices nunca le has visto en la capital.

¡Pobrecillo, te amaba tanto!

¿Quieres que te diga mi método de vida durante tu ausencia?

Mira: me levanto un poquito tarde, porque mi padre me ha prohibido absolutamente recibir el viento frio de la mañana: me pongo de rodillas sobre el lecho y hago una oracion por tu completa felicidad, porque Dios te preserve del mal en cualquier lugar en que te halles. Como Don Estevan ha dicho acá, que no era extraño que de un dia á otro tuvieses que acompañar al señor virey á alguna campaña, hago otra porque no suceda esto: porque si yo supiese que te hallabas espuesto á algun peligro, ¡oh! entonces ni podria vivir. La mañana la paso al lado de mi rosalito, hasta que como en compañía de mi padre, que me mira y mas me mira con tristeza y procura entretenerme hablando de asuntos divertidos: despues paso algunas horas al piano, tocando las piezas de música que á tí mas te gustaban ó algunas veces cantando á pesar de la prohibicion de mi padre que dice que este esfuerzo lastima mi pecho: en la tarde vuelvo á mi rosalito para estar leyendo los libros que contigo leí. Despues acompaño á mi padre á su paseo vespertino, y volvemos temprano á casa porque él teme para mí el viento frio de la noche. Las horas de la noche las paso bordando lo que te he di-

cho. A las once me duermo pensando en tí y casi siempre sueño contigo.

A veces sueño que llegas, que te veo descender sobre tu caballo la colina que se ve desde la verja del jardín, acompañado del señor Gil Gomez, como tantas veces te he visto en aquellos días felices.

Otras, te sueño herido, ensangrentado, pálido ó muerto, y entonces despierto anegada en lágrimas.

¡Si vieras lo que soñé la otra noche! cualquiera diría que era un presentimiento.

Soñé, que viéndote llegar quise salir á tu encuentro y no pude porque estaba muy mala, que tú veniste á mí y dijiste con mucha tristeza, al ver que yo no me movía ni te hablaba:

—¡Pobre Clemencia! está muerta.

Yo me sonrei al escucharte.

—¡Y bien muerta! proseguiste, ¡Clemencia! ¡mi Clemencia!

Yo te estaba escuchando, pero no podía responderte.

Entonces tú te alejaste llorando.

Y desperté, oprimido el pecho por una terrible angustia.

Por eso solamente me inquieta mi enfermedad, ¡qué importaría morir al cabo de algunos años de haber vivido á tu lado?

Pero ¡Dios mio! morir antes de haberte visto, de haberte estrechado entre mis brazos una última vez, sería un castigo espantoso que el cielo no me enviará jamás, porque creo no haberle ofendido de una manera tan atroz.

¡Oh! ven pronto mi Fernando, porque llorando te espera

CLEMENCIA.

Las demas cartas eran anteriores á ésta; porque despues la niña solo habia vuelto á escribir otra, por ese sentimiento de delicadeza y abnegacion sublimes, de que hemos hablado.

Fernando acabó de arreglar las otras cartas de su padre y todos los objetos para encerrarlos en su maleta de viaje.

Despues salió para hacer llegar las cartas á su destino y no volvió á su habitacion hasta bien entrada la noche.

CAPITULO XX.

En Jalapa.

Jalapa es el Edem de ese Edem que se llama México.

Figuraos, los que no la habeis visto, una beldad con la frente coronada de flores y reclinada sobre un lecho de rosas, á la falda de un cerro que se llama el *Macviltpec*, ceñida y refrescada por un rio, que despues de haberle acariciado con suave rumor, va á abismarse en el mar bajo el nombre de rio de la Antigua.

Figuraos una ciudad donde en todas partes nacen flores que adormecen y embalsaman con su blandísimo perfume: donde acarician los oidos y estremecen las fibras del corazon, músicas de harpa ó de un instrumento pequeñito y vibrador que se llama *requinto*: donde hay mugeres hermosas con una hermosura popular en todo México: donde cada amor es un idilio de Homero, ó una confidencia